

EL CATOLICISMO

PERIODICO QUINCENARIO.

Religioso, filosófico i literario.

Non enim quod bonum est in se occupamus: et rursus pacem colimus, legitime pugnantes, atque intra limites nostras, quantumque regulam nosmet continentes.—S. GREGOR. NAZIANZ.

Catolicismo—Civilizacion. II.

Los elevados intereses del género humano necesitan de una institucion inmutable a la que fuesen confiados. Nació esta institucion, puede decirse, con la sociedad; se hallaba en jermen en los Patriarcas, i en la lei de Moises; depositada en la Escritura santa, i en la tradicion apostolica, debia desarrollarse en la sucesion de los siglos sobre los fundamentos establecidos por Jesucristo. En tanto que la sociedad marchaba por la senda trazada por el cristianismo, sus necesidades eran satisfechas, i la aptitud de la institucion divina era bastante para satisfacerlas; pero cuando el orgullo del hombre se atrevió a mirarla con desden, las calamidades que afligieron a la humanidad, paralizaban la accion del cristianismo. No que debiera cesar; ella era lenta, pero constante, inmutable i eterna; debia sobrevivir a todas las instituciones humanas, ver nacer i perecer los estados, i en medio de la inestabilidad de las obras del hombre, sola ella conservando invariable el mismo espíritu, habia de ser la roca, cuya cabeza inmóvil se viera elevada siempre sobre la corriente de los siglos.

Los caracteres distintivos de la edad media fueron la ignorancia i la barbarie; la influencia de las costumbres del pueblo conquistador sobre los pueblos dominados, era positiva que produjo en estos la decadencia de las luces i de la civilizacion. En la historia de aquellos tiempos nos presenta la sociedad hecha presa de calamidades i desordenes, hasta el extremo de temerse el completo naufragio de las artes, de las ciencias, de la civilizacion, de las costumbres; mas en tan triste i deplorable estado de la sociedad, se hallaban los inmensos recursos que ofrecia el catolicismo i el clero. El reinado de Carlo Magno prometió por un momento terminar los desordenes; pero la debilidad de sus sucesores, los abusos del sistema feudal, la nueva irrupcion de los bárbaros, hicieron desaparecer aquellas esperanzas, se sumió la sociedad en la barbarie, i quedaron destruidos los débiles restos de la civilizacion romana. «El mundo entero, decía San Pedro Damiano, es como una mar agitada por las tempestades; las disenciones i discordias, como olas irritadas, agitan todos los corazones; el horrible homicidio penetra por todas partes, i recorriendo todos los países del globo, parece querer reducirlos a una espantosa esterilidad.»

El profundo respeto de los pueblos por la religion i sus ministros, salvó, no obstante, la civilizacion. En medio de las espesas tinieblas que rodeaban la sociedad, la fé era firme, entera i viva; nadie se atrevia a dudar de las verdades de la religion, i la herejia e impiedad se miraban con horror. El clero merecia la consideracion de que gozaba por sus virtudes i sus luces. La ciencia que se conservaba en Europa estaba concentrada en las Iglesias i monasterios; en ellos se hallaban las únicas escuelas, i las instituciones monásticas; en esta parte hacian los mas importantes servicios a la sociedad. Interesante fué el espectáculo que ofrecieron al mundo las primeras órdenes religiosas que se fundaron en Oriente i Occidente: tal fué el que ofreció en el siglo IX el establecimiento del monasterio de

Anian en Francia, i en el siglo siguiente la fundacion de los órdenes de Cluni i de los Camandulenses—en Italia en el siglo XI el de los Cartujos; en el XII las de los monasterios del Cister i Claraval; en el XIII las de Santo Domingo i San Francisco. Cada uno de estos establecimientos era un foco de luces i virtudes, cuya influencia se extendia a la sociedad entera, i al traves de la ignorancia i del desorden universal, conservaban la doctrina, las costumbres, las ciencias i la civilizacion. «Asi los fundadores de estas diferentes órdenes, dice un erudito escritor, San Benito, San Odon, San Romualdo, San Bruno, Santo Domingo i San Francisco, i tantos otros institutores o reformadores de órdenes monásticas, independientemente de las virtudes personales que les merecieron el culto público decretado por la Iglesia, es conciliaron para siempre el homenaje i la admiracion universal por la feliz influencia que ejercieron sobre toda la sociedad, ya bajo la relacion de las luces i civilizacion, como bajo la de la virtud i costumbre.» «En medio de los vicios, corrupcion i supersticiones, se desplegaba una saludable influencia ejercida por el espíritu de una religion pura, dice Hallam. Habia en los principios que presidieron a la institucion de las órdenes monásticas, i en las reglas que debian regirlas, un carácter de dulzura, de caridad i desinteres.» ¿i cómo podria ser de otra manera si eran animadas del espíritu del catolicismo, fuente de las virtudes, i de la civilizacion?

Como lo observa Guizot, en España es el catolicismo el que se encarga de la civilizacion. En lugar de las antiguas asambleas germánicas, el Concilio de Toledo, es la asamblea que prevalece: la lei de los visogodos es redactada por el clero, los filosofos de aquel tiempo; esta lei lleva un carácter de sabiduría, sistemático i social. Guizot que indicó como elementos de la civilizacion europea, el régimen municipal, el feudal, i el sistema monárquico, tambien reconoce la inmensa distancia de estos elementos al sólido, al verdadero, al fundamental elemento del catolicismo. El régimen municipal, reliquia del imperio romano, era una sombra sin vida, e informe, el feudal, salia apenas del caos, i la monarquía era un gobierno nominal. «La Iglesia, dice, obraba de una manera muy eficaz en la mejora del estado social. Indudable en su obstinada lucha contra sus grandes vicios, tales como la servidumbre, la Iglesia trabajaba en la supresion de una multitud de prácticas bárbaras, en la mejora de la legislacion criminal i civil. Sabido es hasta qué punto esta legislacion era absurda i funesta; sábese que neelas pruebas, como el combate judicial, eran los medios de llegar al descubrimiento de la verdad; la Iglesia se esforzaba en sustituir medios racionales i legitimos. Inmensa era la superioridad de las ideas de la Iglesia en materia de legislacion i de justicia, en todo lo que interesaba a la investigacion de la verdad, i al destino del hombre.»

Prescindiendo de la religion, impotentes eran los esfuerzos que se hacian en favor de las luces, del progreso de la sociedad i libertad de los pueblos. En vano pretendian reformarse instituciones muertas; en vano se trozaban en la misma Roma guirnaldas de viejos laureles ya marchitos, se abria el

Capitolio, i se resucitaban los senadores i caballos romanos, o se evocaban las sombras de antiguos héroes. Las instituciones, los pomposos nombres de igualdad, fraternidad; libertad, pasan sin poder labrar la felicidad de los pueblos, si no estan basadas sobre esa inmutable roca, a cuyo pie, como un torrente, corren las jeneraciones i los siglos. Mas desde la cumbre de esa misma roca velaban los pontífices, los jefes de la Iglesia católica en el progreso de las luces, en la libertad de los pueblos, en la marcha de la civilizacion: ellos decian, como el Papa Juan XXII en su bula *inter ceteras curas*; «entre las mas vivas solicitudes de nuestro apostolado, entre los mas ardientes deseos de nuestro corazon i los pensamientos mas frecuentes de nuestro espíritu, contamos la propagacion i difusion de las luces entre los fieles, que iluminados ya con los rayos de la fé, adquiriran un nuevo cunulo de ellas en el precioso conocimiento de las letras humanas. No es el oro el que da el don inestimable de la ciencia, es Dios quien lo concede al hombre de buena voluntad. Gloriosa i deseable adquisicion aquella que disipa la obscuridad de la ignorancia, destruye las tinieblas del error, da puros gozes, i dirige nuestros pensamientos i nuestras acciones a la luz de la verdad. Estas consideraciones nos inflaman el deseo de propagar por todas partes, i facilitar por todos medios el estudio de las letras.»

Así han hablado, así han obrado los supremos jefes de la Iglesia católica llenando su alta e importante mision. Los simbolos que en aquellos tiempos daban a los actos de la vida un pensamiento profundo, mostraban en la manzana de oro llena de ceniza, que se ponía en las manos de un Emperador, el brillo exterior que recordaba el esplendor del trono i en la ceniza la rápida destruccion de su persona; la corona de plumas de pabo real, en la cabecera de los Papas les indicaba la mas activa solicitud en llevar a todas partes sus miradas; como los ojos de estas plumas; i la historia de aquellos siglos demuestra con qué paternal solicitud han cuidado los Sumos Pontífices de los altos destinos del género humano.

Voltaire tan enemigo de la religion, de sus instituciones i ministros, se ha visto forzado a reconocer, en muchas de sus obras, lo absurdo de las sátiras que ha lanzado contra ella, i que tantos escritores han reproducido.—«Fué un consuelo para el género humano, dice en su ensayo sobre las costumbres, que hubiese asilos abiertos para los que huían de la opresion del gobierno godo i vándalo. En los conventos se conservaron los pocos conocimientos que quedaban entre los bárbaros, i fué de los monasterios que salieron las invenciones útiles.—Los religiosos cultivaban la tierra, cantaban las alabanzas a Dios, vivian con sobriedad, eran hospitalarios, i sus ejemplos inducian a mitigar la ferocidad de estos tiempos de barbarie..... Los institutos consagrados al alivio de los pobres, i al servicio de los enfermos han sido menos brillantes, pero no menos respetables. ¿Hai cosa mas grande sobre la tierra, que el sacrificio de la belleza, de la juventud, hecho por un sexo delicado para entregarse en los hospitales al alivio de ese haemamiento de todas las miserias humanas cuya vista humalla nuestro orgullo i revela nuestra delicadeza? Los pueblos separados de la comunión romana no han imitado sino bien imperfectamente una caridad tan jenerosa.....» Que mucho que la sublime institucion del catolicismo arranque tales confesiones a sus mas encarnizados enemigos, i como podrian negar los monumentos de la historia, el testimonio de los siglos? Los enemigos del catolicismo, los que ven en él un edificio derruido, instituciones envejecidas, son los verdaderos enemigos de la caridad, de la libertad, de las luces i del progreso de la civilizacion. El catolicismo es el edificio siempre nuevo, i su simbolo, el signo que traza a los pueblos la senda única del progreso

trinas i enseñanzas, como se han perpetuado sin sombra, ni tacha en las escuelas católicas, siempre en pos de los vestijios que nos legaron los doctores, los Padres de la Iglesia, los Pontífices, que el catolicismo numera entre sus glorias; esas lumbreras, que han esparcido los rayos de luz que iluminan la Iglesia de Jesucristo desde San Pedro.

¡Cuán grande debe ser el dolor del granadino, que vé minar las bases de esta naciente republica, que no puede alcanzar sus destinos, destruidas las divinas enseñanzas del catolicismo, doctrinas que le legaron sus padres, que aleccionaron i dirigieron a los mártires de la independencía, a cuya sombra reposan sus venerandas cenizas, i por cuya observancia viven eternamente en el seno de su divino maestro!!!

Los ataques de los enemigos del catolicismo no son siempre directos. Pero desconfiamos de los que pretenden envilecer al jefe de la Iglesia, sembrar la division entre el pastor i sus ovejas, introducir la insubordinacion entre los ministros. Desconfiamos de los que llaman fanatismo las practicas religiosas, i el culto de los santos. «El catolicismo, dice M. Audin, no es una fria emanacion de la razon humana; es la revelacion de la belleza celestial en su inagotable variedad de formas, en su inmutable unidad. Así como publican la gloria del Altísimo en el inmenso templo de la creacion, el firmamento, el sol, las estrellas, el árbol, la flor, el océano, el torrente, imágenes todas, que cantan i rellejan la omnipotencia del creador, así arrebatada el alma a las rejiones de lo alto, la flecha de Estraburgo o la Cúpula de San Pedro elevándose a las nubes; o es dominado el hombre por el respeto a la Divinidad a la vista de la transfiguracion de Rafael, o de las vírgenes de Peregrino; o es conmovida el alma por un *miserere* de Allegri; o habla elocuentemente al espíritu la imagen del sepulcro de Jesucristo trazada por Holbein. Que el incrédulo se burle de las alegorias de toda la poesia del culto católico; esos templos que reunen tantos elementos de contemplacion i de ruego, a los que se lleva el fervor i la verdadera piedad: esos templos, esas pinturas i cánticos tendrian derecho en todos tiempos al homenaje, a la veneracion i respeto del género humano.»

Razon tambien tendríamos de desconfiar de los que atacan los institutos religiosos consagrados al sostenimiento i defensa de la religion católica, a la propagacion del cristianismo, a la instruccion de la juventud. Calvino que tanto odiaba al catolicismo, cuyo instinto era el despotismo i la intolerancia, procedía bien lójicamente cuando en los mismos dias en que Paulo III espedia la bula de institucion de los Padres Jesuitas decia: «los Jesuitas son nuestros mayores enemigos, preciso es matarlos, i si esto no puede hacerse cómodamente, espelerlos u oprimirlos bajo el peso de la mentira i la calumnia. *Jesuite vero, qui se maxime nobis opponunt, aut necandi, aut si hoc commode fieri non potest efficiendi, aut certe mendacis et calumniis opprimendi sunt.*»—Calvino, el enemigo de las luces i de la libertad, que habia esclavizado el pensamiento i reducido al hombre a la condicion de la bestia, era consigüente con sus ideas, su odio al catolicismo, i sus institutos. En vano se cubrirían hoy con cualquiera otra mascara los perseguidores de tales institutos, en el siglo en que vivimos. A la altura en que nos ha colocado el espíritu de libertad, de fraternidad i de tolerancia universal, no puede haber otro móvil a aquella persecucion que el odio al catolicismo, sin pensar que en aquel odio envuelven la libertad, la fraternidad, la tolerancia i las luces. El hombre verdaderamente libre llama hoy a su patria a todos los habitantes del globo; les ofrece la hospitalidad, respeta al extranjero virtuoso, tributa reconocimiento i gratitud al que presta servicios a su país, i no proscribire sino el crimen. El amigo sincero de la libertad suspira por el día en que todos los hijos de la gran familia humana se den el abrazo fraternal.